

conmovido ante la injusticia que pesa sobre los que nada tienen y rebelde para aquellos que todo lo poseen, egoístamente.—L. D.



<https://doi.org/10.29393/At174-261MRPV10261>

PUERTAS VERDES Y CAMINOS BLANCOS, por *Chela Reyes*.—Editorial Nascimento, 1939

Con este libro se inicia Chela Reyes en el género novelesco. Como poetisa se había ganado ya un nombre en las letras chilenas por su inspiración original y robusta y por la novedosa factura de sus versos; y ahora, con este último libro suyo, se nos revela como prosista que maneja el idioma con elegancia y desenvoltura. Se cree, generalmente, que quien hace bellos versos es incapaz de escribir en buena prosa y viceversa. En Chela Reyes, no sucede tal cosa.

Escrita en forma autobiográfica, los primeros capítulos de esta novela nos parecen un monólogo interior que se prolonga demasiado para mantener tenso el interés del lector, y sólo lo consigue, a nuestro juicio, gracias a la fluidez y elevación poética del estilo. En estos capítulos, María Milagros—nombre de la protagonista—va quintaesenciando sus estados psicológicos hasta la introspección más sutil; el mismo estilo se torna a veces vagaroso y difuso como la realidad anímica del personaje. Al leer los primeros capítulos nos sorprendimos de que este libro sea calificado como novela, y sólo estimamos que podía considerársele como tal en atención a la excesiva amplitud que a este género se ha dado.

Pero a medida que nos adentramos en el alma de María Milagros, el estilo se clarifica y el monólogo se interrumpe para dejar que vibren los *hechos*, lo cual a pesar de que se nos llame tradicionalistas, estimamos que es lo específico de la novela. Luego encontramos otros personajes fuera de la monologuista

y la intriga asoma, es decir, hay choques de pasiones. Y tenemos una novela en regla. Y el interés aumenta.

Nada hay más difícil para el escritor que expresar estados sentimentales exacerbados, pues corre el riesgo de caer en la sensiblería. Chela Reyes, sin abandonar su calidad femenina ni su emoción dolorida, no desbarra jamás por las pendientes de las dulzainas cursis. La disciplina del verso la retiene seguramente y le da a su prosa una liviandad tal que se diría que su estilo está constituido de elementos intangibles. No obstante a veces las palabras asoman profusamente en un recargo superfluo, restándole al estilo esa transparencia que es su cualidad permanente.

Y a la gracia de la prosa, debemos sumar la riqueza de observaciones psicológicas, pues María Milagros tiene una sensibilidad agudísima que le permite captar los hechos humanos con la ávida curiosidad de una muchacha que encara la realidad humana en toda su plenitud. Sus sentidos despiertan a la vida con la fuerza de su naturaleza virgen. Chela Reyes, al darnos a conocer la vibración de los instintos vitales de María Milagros, se mantiene en un plano de dignidad tal, que sólo los perturbados por sus propias pasiones encenegadas podrán ver realidades deleznable. Así, el realismo aparece nimbado de espiritualidad dentro de un profundo sentido humano. Milagro del artista que sabe amasar con burdo material imágenes purificadas por la divinidad del amor: «Y mi boca también se daba, y mi cuerpo todo, a ese ritmo. Un hondo escalofrío subía desde mis talones hasta la garganta, irrefrenable y poderoso, y un deseo de llorar, de deshacerme en dulzura, para ir sintiendo la absoluta presencia del hombre en mi carne ya sin defensas, estremecida en esa noche, mezclada a la caliente germinación de los campos, aunada a la palpitación de las raíces, desleída en la esencia de sus jugos creadores».

Hermoso libro este de Chela Reyes por la elevación poética de su forma y por la variedad de matices psicológicos de

una joven de fuertes pasiones engendradas por el llamado de la vida.



EL NIÑO QUE ENLOQUECIÓ DE AMOR, por *Eduardo Barrios*.— Sexta edición. Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1939

Señalados son los casos de libros chilenos que resisten sexta edición. «El niño que enloqueció de amor» de Eduardo Barrios es uno de ellos. Sin duda, su mejor elogio es la demanda de lectores que ha tenido. Ha resistido el tiempo, criba inexorable que va cerriendo la obra humana para sólo dar paso a lo realmente valedero. Hemos releído esta última y pulcra edición de las dos novelas que forman el volumen, y podemos ratificar, sin rectificación ninguna, el juicio que su primera lectura nos sugirió. A pesar de que son de las obras primerizas de Eduardo Barrios, encontramos en ellas las virtudes señeras de estilo y de observación psicológicas que habrían de realizarse plenamente en su obra maestra «El hermano asno».

Con «El niño que enloqueció de amor», asistimos a un precoz drama sentimental: un niño hiperestesiado se enamora de una mujer ya madura; él nos lo va diciendo en el diario de su vida, donde el drama se intensifica momento a momento hasta culminar en la tragedia, pues el muchacho enloquecido, se sumerge en la inconciencia más absoluta. La precocidad del niño justifica muchas escenas propias de adultos, pero que están dentro de lo verosímil y aun encuentran explicación sin mucho apurar las doctrinas freudianas de la libidine. Aquéllas de los celos, por ejemplo. Cuando recién apareció esta novela, hubo opiniones de críticos que dijeron que se trataba de un corazón de hombre en el cuerpo de un niño, haciendo resaltar con ello la incongruencia que existiría entre la forma de expresión sentimental del muchacho con su edad cronológica. Pero ya lo diji-